

XXII Conversaciones en el Valle. Junio 2016

APORTACIÓN DE ESPAÑA A LA HISTORIA DE EUROPA

ANSELMO ÁLVAREZ NAVARRETE¹

Nos consideramos un pueblo paradójico, tantas veces inmanejable para nosotros mismos, por lo que nos movemos entre nuestros propios complejos de inferioridad y las leyendas negras de los demás. Contradictorio como la propia tierra donde se asienta, o en armonía consigo mismo cuando las alternancias internas se aquietan. Capaz, como en nuestros días, de no estar de acuerdo ni con Dios ni con su vecino, pero también de haber sido capaz de llevar a cabo empresas comunes portentosas.

Entre esos claroscuros, hemos escogido una porción de hechos que han dejado huella profunda entre nosotros y en Europa. La mayor parte son sobradamente conocidos. Por eso me limito a su mención y a alguna anotación más o menos amplia según su importancia. Me detengo a mediados del siglo XVII. Pero sí me voy a extender en una reflexión sobre el sentido y las consecuencias de la Paz de Westfalia y la representación que le ha correspondido a España en los tiempos de la modernidad.

1. De Roma a Trento

1.1. Imperio romano

España conservó, hasta hoy, su nombre latino, al contrario que Francia (Gallia), Alemania (Germania) e Inglaterra (Britania), lo que subraya la continuidad con las raíces seculares dentro del marco europeo.

1.2. Política

Entre los siglos I-II Hispania aportó dos emperadores, procedentes ambos de Itálica: Trajano, con el que el Imperio alcanzó su máxima extensión, sucedido inmediatamente de Adriano, que consolidó su legado y fue uno de los mejores administradores de la historia de Roma. A él se deben el Panteón y la fortaleza de Sant Angelo.

Del siglo IV es el emperador Teodosio, nacido, según todos los indicios, en Coca (Segovia). Reunió las porciones oriental y occidental del Imperio, siendo el último emperador en gobernar todo el mundo romano. Es autor de la primera codificación del Derecho Romano. Tomó la trascendental decisión de hacer del cristianismo la religión oficial del Imperio mediante el *Edicto de Tesalónica*, en 380. Ha sido una de las aportaciones más importantes de

¹DOM ANSELMO ÁLVAREZ NAVARRETE es abad emérito de la Abadía Benedictina de la Santa Cruz del Valle de los Caídos. Exposición realizada el 6 de junio de 2016 durante las «XXII Conversaciones en el Valle» celebradas en la Facultad de Humanidades de la Universidad San Pablo CEU.

España, porque con ello Europa empezó a llevar el sello cristiano sobre cualquier otro. Constantino sólo había concedido la libertad a la Iglesia.

1.3. Cultura

Escritores: Séneca (Córdoba, s.I). Filósofo, político, orador, escritor y autor de obras de carácter moralista (estoico). Con Cicerón, una de las personas más destacadas de la historia intelectual de Roma.

Marcial (s.I), de Calatayud. Autor de los «Epigramas» (poesía satírica). Maestro en el género, muy temido por la sociedad romana de su tiempo.

Quintiliano (Calahorra s.I). Autor y profesor de Tratados de Retórica, uno de los más importantes en la historia de Roma, muy seguido en la Edad Media.

Columela (Cádiz, s.I). Uno de los mejores especialistas del Imperio en asuntos agronómicos. Continuador de Varrón y Catón.

Prudencio (Zaragoza o Calahorra, s. IV), el más eximio de los poetas cristianos latinos. Se convirtió en un modelo a imitar en toda Europa, siendo colocado a la misma altura que Homero. Su influjo pervivió durante toda la Edad Media sobre la poesía cristiana de toda la época.

1.4. Iglesia en España

Muy pronta implantación del cristianismo en Hispania. Muy probablemente fue Iglesia «apostólica», es decir, fundada por un apóstol (Santiago y/o San Pablo). En Europa sólo tiene esta condición la Iglesia de Roma. A comienzos del siglo IV, casi a raíz de la Paz de Constantino, tiene lugar el Concilio nacional de Illíberis (Elvira), con asistencia de 30 obispos, uno de los primeros Concilios de la cristiandad, que se multiplicaron a raíz de esta iniciativa hispana.

Una de las máximas figuras de la Iglesia en este siglo fue Osio, Obispo de Córdoba (s. IV): consejero de emperadores, padre de concilios, y símbolo de la ortodoxia de Occidente por la afirmación de la divinidad de Cristo. Fue por ello llamado por Constantino al Concilio de Nicea (325), donde se proclamó el carácter dogmático de esta verdad cristiana.

1.5. Iglesia Visigoda

Los Concilios de Toledo fueron un acontecimiento eminentemente nacional, columna vertebral de la nación en su dimensión política y religiosa. Pero no traspasaron las fronteras.

San Isidoro sí fue, en cambio, una figura de ámbito europeo, gracias principalmente a las *Etimologías* o libro de los orígenes, en 20 libros. Es un repertorio inmenso de todo el saber divino y humano de la antigüedad hasta el s. VII: Dios, la naturaleza, el hombre, las religiones, las artes liberales, la medicina, la agricultura... Suma de todos los conocimientos de la antigüedad, enciclopedia obligada de consulta.

No es una obra de investigación sino una recopilación, la única en su tiempo y durante mucho tiempo. Una especie de Wikipediá de la época, de enorme utilidad para todos los estudiosos. Se conservan más de 1.000 manuscritos, distribuidos por casi todos los países europeos, desde Portugal e Irlanda hasta los Países Bajos, porque fue una de las obras más reproducidas en el continente, sucesivamente reeditada hasta la actualidad. Una de las obras

más representativas y celebradas de la cultura española, con mayor difusión universal. La invasión árabe malogró que España se adelantara en un siglo a Francia (Academia Palatina) en la restauración cultural tras la caída del Imperio.

1.6.España árabe

El esplendor de la cultura árabe tiene no poco de ficticio en su dimensión intelectual, aunque Al Andalus fue la base de lanzamiento de la sabiduría que traían y de la que aquí cultivaron

El esplendor cultural árabe se debió, muy marcadamente, a la incorporación de conocimientos de otros pueblos con los que estuvieron en contacto por vecindad o por conquista, como la cultura grecolatina, persa, egipcia o india, en aspectos como las matemáticas o las ciencias aplicadas, la medicina, o la astronomía. El mayor apogeo se da en el siglo X con el califa Al Haken II. Hubo también presencia judía, particularmente con Maimónides,

Lo más destacado fue la Filosofía andalusí, basada en el pensamiento griego, principalmente el de Aristóteles, que había sido introducido en el Islam por el persa Avicena. Pero fue en España donde se dio el paso del neoplatonismo al aristotelismo, muy importante para el pensamiento filosófico y políticos en la Europa medieval, a través de la Universidad de París y Santo Tomás de Aquino.

Su principal representante fue Averroes (Córdoba, 1126-1198), el más destacado de la cultura andalusí y en buena medida de la filosofía islámica, quien cultivó también la historia, el derecho, la teología, siempre inspirado en el aristotelismo. Pero el mundo árabe se mostró, en conjunto, ajeno a este pensamiento, y el mismo Averroes fue exiliado de Córdoba. Es de señalar que los árabes no conocieron a los clásicos griegos en sus fuentes originales, sino a través de las traducciones que entre los siglos IV al VII se hicieron por los monjes cristianos sirios a su lengua: el árabe. Fueron ellos los intermediarios entre Grecia y el Islam.

En las ciencias predominaron las disciplinas prácticas como la medicina, la agricultura, la navegación, la arquitectura y la física. De manera muy particular destacan las matemáticas y la astronomía, gracias al sistema de numeración arábigo (procedente de la India), que introdujo el cero. Con él desarrollaron el álgebra y la trigonometría. Azarquiel (Toledo, 1034) fue el astrónomo más importante del Medioevo. Sus tablas astronómicas fueron utilizadas hasta las de Kepler (1571-1630). Inventó el astrolabio y la brújula. En este campo de la ciencia, otros inventos fueron el papel y la pólvora.

En medicina, los árabes de la península fueron los más avanzados de su tiempo, pero fue ejercida ante todo por médicos cristianos y judíos.

Dieron también un gran desarrollo a las técnicas agrícolas del regadío como la noria y las acequias, y trajeron cultivos asiáticos como el arroz y la naranja.

En arte nos han dejado obras como la Alhambra, la Mezquita de Córdoba, el Alcázar de Sevilla y la Torre del Oro.

1.7.Academia de Aquisgrán

En la segunda mitad del siglo VIII la Corte de Carlomagno era el centro de la Europa política y cultural, con la presencia de hombres ilustres de distintos países. Procedentes de España, uno de los más distinguidos: Teodulfo de Orleans, hecho obispo de esta ciudad, promotor, junto al monje Alcuino, originario de Inglaterra, de la Academia palaciega de Aquisgrán que impulsó la renovación cultural y religiosa de los países carolingios. Otro fue Benito de Aniano, de

procedencia visigoda, con el nombre de Witiza, a quien se encomendó la unificación de las Reglas monásticas existentes en la Francia carolingia, lo que no impidió el predominio de la benedictina. *La Ciudad de Dios* de san Agustín y la *Regla de san Benito* sirvieron de inspiración al modelo de Carlomagno para su idea de imperio cristiano, sucesor del de Roma.

1.8. Camino de Santiago

Fue la máxima conexión geográfica, espiritual, cultural, artística y económica entre España y Europa, principalmente con los países del centro y sur, pero con prolongaciones hasta Inglaterra y países nórdicos. Toda la vida de Europa circulaba por los caminos que conducían a Compostela. Caminos que se abrieron desde mediados del s. VII con la divulgación de la aparición de los restos del apóstol en el *finis terrae*, y que se prolongan todavía hoy. Los europeos se dirigían a Compostela como a Jerusalén y a Roma, es decir, como a un centro del máximo poder espiritual –no religioso y político como podría ser el de Roma–, aun a riesgo de que allí pudieran llegar todavía las huestes musulmanas, como así ocurrió no pocas veces.

El fenómeno del «Camino de Santiago» fue algo así como un ensayo de primera «Comunidad Europea». Existía la comunidad de fe, el sentido de unidad entre todos los pueblos y gentes que, con la fe, llevaban y traían tanto lo común como lo peculiar de cada uno de ellos, dejándolo a su paso por cada región que atravesaban y recogiendo lo que en ellas encontraban. El camino fue una puerta abierta por donde entró Europa y por donde salió una idea y una experiencia de España llevada por aquellos viajeros. Fue un encuentro permanente de lenguas, de estilos de vida, de ideas, de solidaridades y de amistades que se forjaban con el encuentro, de informaciones sobre los países de origen y destino, de sentido de pertenencia a una patria común más allá de las distancias y fronteras.

En realidad, Europa puso en común muchas cosas gracias a los contactos que permanentemente generaba el encuentro con otros peregrinos y otros escenarios: los diversos estilos de vida, los conocimientos de la época en cada área de la actividad humana, las redes de hospitales, albergues y mercados en cada uno de los itinerarios, los intercambios de moneda. Esos caminos fueron también rutas comerciales por las que transitan buen número de productos y técnicas de cada país; comerciantes gallegos se asientan en los Países Bajos, con la enseña jacobea. Regiones enteras se repueblan en las inmediaciones de los caminos, gracias a los privilegios reales y a la acción de las poblaciones de las comarcas recorridas

El arte (románico y gótico) debe mucho a este intercambio de conocimientos y técnicas en el campo arquitectónico, en el que las influencias mutuas son decisivas, así como en la transición del uno al otro. De manera notable, son los monasterios europeos los que organizan no sólo el fluir de las peregrinaciones, fuera y dentro de la península, sino los que imprimen su sello a este arte a partir de su inspiración espiritual y estética, que pasaría de los monasterios a las catedrales y a monumentos civiles. Fue este intercambio el que trajo a España tantos artistas a lo largo de los siglos siguientes.

1.9 «Beatos»

Algo que parece típicamente español pero que adquiere una presencia europea porque las circunstancias eran comunes. En el s. VIII, en torno 786, un monje cántabro llamado Beato, que dio finalmente nombre a estos libros, escribe un comentario al *Apocalipsis*, y por tanto al tema que le es propio: las amenazas que penden sobre la humanidad, teniendo a la vista sobre todo las que recaen en este periodo sobre España. La invasión que ha sufrido, la pérdida de la

patria, la opresión, la persecución religiosa: este es el cuadro de fondo, al que se une la expansión de la herejía adopcionista (Elipando), y la proximidad del año 1000.

Pero bajo circunstancias similares, este panorama estaba también presente en otros lugares: devastaciones producto de las invasiones que siguen llegando a Europa: vikingos, magiares, anglosajones, sarracenos, turcos; guerras franco-británicas, enfrentamientos entre ciudades y reinos, que la Iglesia intentó apaciguar con la «Tregua de Dios» y el derecho de asilo; epidemias, la misma perspectiva del año 1000.

Los comentarios de Beato en torno a las catástrofes ya vividas y a las anunciadas en el *Apocalipsis* aportan a todos una perspectiva de esperanza y aliento. Así se percibió más allá de los Pirineos, y la obra del monje español se extendió como uno de los libros más leídos. La reflexión que España formulaba sobre los destinos nefastos que se vivían encontró, en la Europa de los siglos VIII al XIII, un bálsamo sus propias desventuras.

Su iconografía, por otra parte, abrió paso a los innumerables manuscritos miniados que se extendieron al continente.

1.10. Escuela de Traductores de Toledo (XII-XIV)

Es una de las aportaciones más características de la cultura española.

Promocionada por Alfonso VI tras la reconquista de Toledo. Se discute quién fue su primer director: Bernardo, monje de Cluny y primer Arzobispo de Toledo, que acompañaba al rey en la entrada a la ciudad, u otro arzobispo, monje del Císter, Raimundo de Salvetat, a comienzos del siglo XII. Gracias a la convivencia que se había conseguido entre las tres comunidades religiosas de la ciudad: cristianos, árabes y judíos, fue posible la iniciativa de traducir al latín primero, y más tarde al castellano, las obras mayores de producción musulmana (las que hemos visto que desplegaron en España, tanto de origen andalusí como del califato de Bagdad), y algunas judías. Ello representaba un enorme campo de conocimientos en buena parte ignorados en España y el resto de Europa.

Entre la masa de obras que llegaron a Europa, algunas eran por solicitud directa de los interesados. Así, uno de los fundadores del Cister –una rama benedictina–, el inglés Esteban Harding, solicitó al Rabino mayor de Toledo la versión de los salmos que ellos utilizaban, y que consideraban más segura que la que se usaba en la Iglesia Romana. También Pedro el Venerable, Abad de Cluny, solicitó una traducción del *Corán* al latín. Fue la primera versión que se hizo del libro, con el propósito de conocer el pensamiento religioso de aquellos a los que se estaba combatiendo en España y en Palestina con las cruzadas.

Las traducciones del árabe al latín se debían a nativos de la ciudad (árabes), y en ocasiones a judíos, muy numerosos en Toledo. La mayor parte de los traductores del latín al castellano eran clérigos. El más famoso fue Domingo González (Gundisalvus), arcediano de Segovia, a quien se atribuye la formación de la Escuela en tiempos de Alfonso X el Sabio.

Toledo inundó a Europa de todos los saberes judíos y sobre todo árabes. España fue la puerta o el puente por donde llegó a los centros intelectuales europeos todo ese saber, que enriqueció una cultura europea ya desarrollada a partir del legado romano y del cristianismo oriental que, intelectualmente, se había formado en contacto directo con el mundo griego.

Sin embargo, el conocimiento de Grecia había llegado a Europa mucho antes. Los sabios cristianos orientales de los primeros siglos, como Justino, Ireneo, Dionisio el Areopagita, Basilio, Gregorio de Nisa y Gregorio Nacianzo, Atanasio, etc. se habían formado, casi todos, en Atenas o en Constantinopla, donde el helenismo seguía muy vivo. Una de las

dos colecciones que reúnen los escritos cristianos de los primeros siglos es la llamada Patrología Griega, compuesta por 150 volúmenes in-folio, que reúne hasta el siglo XIV las obras de los autores cristianos orientales de lengua y cultura griegas. La Academia de Atenas no se cerró hasta el 528, el mismo año que San Benito fundaba la abadía de Monte Casino. Fueron ellos los que transmitieron la información básica sobre el saber clásico griego. En Occidente, los monasterios, las escuelas y academias monásticas, la Escuela Palatina de Aquisgrán, las Sedes catedráticas alimentaron esta herencia, enriquecida ahora por las fuentes que llegan de Toledo. España fue intermediaria entre el oriente islámico y el occidente cristiano.

No obstante, esta aportación proveniente de España resultó de hecho una de las máximas contribuciones a la formación de la cultura europea. Con el hecho relevante de que los intelectuales cristianos apreciaron esta filosofía griega mucho más que el Islam, en el que su máximo conocedor, Averroes, fue bastante poco estimado en el conjunto de la cultura árabe.

1.11. Fundadores monásticos: Santo Domingo de Guzmán, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús

De sus manos y de su espíritu salieron –y se extendieron por Europa y por el mundo–, generaciones de hombres y mujeres de la mejor calidad humana. Lo fueron por su categoría personal, por su servicio a Dios y a los hombres, por su formación espiritual e intelectual, por su atención al saber: sobre Dios, sobre las realidades del mundo y de los hombres, por su pasión por entregar a los demás esta experiencia, por sus servicios de todo orden a la sociedad, por su consolidación y expansión del cristianismo. Ellos han estado habitualmente en la cima de la vida espiritual e intelectual allí donde han estado presentes.

Desde su creación, ellos han sido, junto a otros monjes y religiosos, la fuerza interior más poderosa de la Iglesia y de la sociedad, primero en toda Europa y más tarde en América, durante siglos. Por la extensión de su presencia, por la riqueza de su vida y de su acción, ellos han representado uno de los pilares de Europa a partir del siglo XIII y XVI, en una proporción que es muy difícil sopesar. Un número muy importante de ellos han sido españoles, pero todos han llevado el genio hispánico de sus fundadores. O Fundadoras: Santa Teresa de Jesús, cuya reforma llenó los países católicos europeos de Carmelos femeninos, cuya vida contrapesó la reforma protestante, y más tarde jansenista, en una medida sólo conocida por Dios.

Dominicos y Jesuitas, aparte de su dimensión religiosa, han sido las máximas organizaciones culturales de la Iglesia universal, y posiblemente también en todo el ámbito cultural Europeo. Se encontraron con un terreno preparado durante varios siglos por otros monjes, que habían consolidado los pilares de Europa.

En concreto, los *Ejercicios* de San Ignacio han tenido una estela de formación de las conciencias y de las mentes seguramente más extensa y profunda que el conjunto de la obra filosófica de los ilustrados. Tanto porque han llegado a bastantes más personas, como por la huella dejada en las conciencias. ¿Quién puede calcular la cantidad de personas que a través de los Centros docentes, «Colegios», Universidades, centros educativos, parroquias, pueblos, conventos, el conjunto de las instituciones religiosas de la Compañía y de toda la Iglesia, han tenido acceso a ese libro? De hecho todos los religiosos, seminaristas y sacerdotes, deben hacer cada año los *Ejercicios*. El número de estos lugares y los asistentes a ellos ha sido, en conjunto, con toda probabilidad, muy superior a los centros universitarios europeos difusores de esa filosofía. Y el vestigio dejado, más intenso en su conjunto.

1.11. Inquisición

Se instituyó porque la fe era considerada como el mayor bien de la persona, del pueblo y del Estado, y por tanto debía ser protegida por el propio Estado, del que fue iniciativa conjunta de Federico II de Alemania, en 1232, con el Papa Gregorio IV. En España sólo en el Reino de Aragón existió en la época medieval; nunca en Castilla durante ese periodo. Su extensión se hizo general en 1478 por Bula de Sixto IV a petición de los Reyes Católicos, ante la amenaza que suponían los conversos judíos para la unidad estrenada de la monarquía española. Su desarrollo y actuación son sobradamente conocidos, en líneas generales. Y también las contradictorias valoraciones sobre ella.

Lo que apenas se pone de relieve en el panorama europeo de la Inquisición es un conjunto de actuaciones que, sin recibir este nombre, sobrepasó sus prácticas más objetadas. Desde los tiempos de la Reforma algunos países europeos pusieron en marcha otra Inquisición: la persecución contra los católicos. Dos casos, ambos en países super democráticos y super ilustrados: Inglaterra y Francia, sin olvidar la que anteriormente el Calvinismo había desarrollado en las regiones donde se hizo fuerte.

En Inglaterra la persecución contra la Iglesia católica duró casi tres siglos, como se hace un eco lejano de ello el *Martirologio Romano*. Los muertos, desterrados y perseguidos se cuentan por miles. No sólo en Irlanda. Un vestigio de ello son las ruinas de los monasterios saqueados y semidestruidos con sus habitantes, hoy convertidos en lugares turísticos y en Patrimonio Artístico del país. Sus rebaños de ovejas confiscados fueron el primer motor de la industria textil inglesa.

La Revolución francesa se ensañó contra la nobleza, el clero (excepto el que aceptó la Constitución Civil del Clero) y el pueblo católico, con decenas de millares de asesinados y mártires, entre los que son célebres las 16 Carmelitas de Compiègne, que subieron cantando al cadalso.

Especialmente simbólica en este contexto es la Guerra de la Vendée. Fueron 773 los municipios implicados en la guerra, con una población 815.000 mil habitantes. De ellos los desaparecidos fueron 117.257 entre 1792-1802, es decir, el 14,38%. La gran mayoría muertos no en combate sino a causa de la represión ejercida sobre la población por las llamadas «columnas infernales», y los «centros de represión» encargados de arrasar palmo a palmo la totalidad del territorio, y de asesinar a cualquier persona que encontraran, sin excluir mujeres y niños. Por ejemplo, en la localidad de La Remaudier fueron masacrados 32 niños y niñas menores de quince años, en ocasiones junto a sus madres. En el conjunto, murieron por la misma causa tantas mujeres como hombres. La eminente dimensión religiosa de esta masacre ha sido subrayada de nuevo en los últimos años por los historiadores franceses.

Pero, probablemente la acción inquisitorial más activa fue la obra de la Ilustración, concebida como un verdadero tribunal inquisitorial contra la Fe, contra Cristo y contra la Iglesia. Una Inquisición de guante blanco, hasta que se desbordó en la Revolución Francesa, pero la más eficaz que se ha llevado a cabo en la historia.

1.13. La idea de Estado

España fue país pionero en la formación de la idea de Estado, cuando dan comienzo las iniciativas que van dando forma a lo que sería conocido con esta denominación. Desde finales del s. XII–1188– empiezan a actuar en el Reino de León, con Alfonso IX, las representaciones de ciudades y villas para definir los derechos que les habían sido reconocidos en Cartas y

fueros anteriores. El sistema permitía establecer las libertades, derechos y obligaciones recíprocos entre la Corona y los vasallos.

A estas asambleas se fueron agregando los estamentos de la nobleza y del clero, y pronto el sistema se extendió a los restantes reinos peninsulares: Castilla, Aragón, Navarra y Portugal. Los temas que se hicieron comunes eran las relaciones tributarias, la hacienda local y general, las levadas y la confección de leyes. Eran asuntos muy parecidos los que provocaron la publicación de la Carta Magna inglesa (Juan sin Tierra), que ha sido considerada durante mucho tiempo como punto de partida del concepto de Estado. Pero su fecha: 1215, la sitúa unos 20 años después de las iniciativas hispanas en las que se estaba alumbrando el Estado moderno.

1.14. Universidad y Escuela de Salamanca

El pensamiento católico más destacado que se desarrolla en Europa en el s.XVI es la que se promueve en la Escuela de Salamanca, en el campo de la teología y del Derecho Internacional Público, y prácticamente por los mismos Maestros. Se inicia este periodo con Francisco de Vitoria, en 1526 y va hasta mediados del XVII.

Sus Maestros más importantes, además de Vitoria, son: Melchor Cano, Domingo de Soto, Pedro de Sotomayor, Bartolomé de Medina, Vázquez de Menchaca, Domingo Bañez y Ambrosio de Salazar, todos ellos dominicos, y otro numeroso grupo de otros maestros españoles. Algunos de ellos participantes en la «Controversia de Valladolid».

Eran muy abundantes los alumnos procedentes del continente: Europa está inundada de manuscritos que recogen las lecciones dictadas por los maestros, tanto los que enseñaban en Salamanca, como en Universidades del exterior. Es la Edad de Oro de la misma, y se extiende a las disciplinas de la Filosofía y la Teología Moral. Hay que subrayar la aportación de la Universidad de Coímbra donde enseñaban sobre todo los jesuitas, con Francisco Suárez y Luis de Molina al frente.

A los teólogos de Salamanca les interesaron sobremanera las cuestiones más cercanas al ser humano, especialmente la relación del hombre y la sociedad con la moral, la economía y la justicia, con atención también al nuevo humanismo. Su aportación se afirma en la corriente de pensamiento que asienta la realidad económica, moral y jurídica en el jusnaturalismo católico, según el cual las relaciones entre individuos y pueblos se sustentan en la razón, en la ética y en el derecho naturales, inspiradores del derecho positivo. En oposición a Maquiavelo y sus seguidores, que afirmaban el derecho público sobre el principio de la «razón de Estado».

La reivindicación de esta Escuela sólo ha venido en tiempos relativamente recientes, porque a los países anglosajones y, en parte a la propia España, no le interesaban los principios teológicos en que Salamanca basaba su doctrina, porque contradecía sus intereses.

1.15. Trento

Momento estelar de España en un tiempo sombrío de Europa y de la Iglesia.

Fue el más largo e importante de los Concilios de la Iglesia (1545-1563), celebrado en tres fases, debido a las alteraciones políticas en torno al mismo. Ya en 1518 Lutero había apelado a un Concilio, a celebrar en Alemania e independiente del papa, para librarse de las condenas que temía. Otras voces que pidiendo el Concilio fueron las de Luis Vives (en 1522), para que «cesara la guerra entre los príncipes y reine pacíficamente la caridad entre los

cristianos». Sobre todo Carlos V, que lo consideraba el único medio para impedir la escisión religiosa. Las divisiones entre los reyes y príncipes cristianos lo fueron relegando (guerra entre Francisco I y Carlos V) hasta 1545. Pero no pudo atraer a los protestantes.

El primer programa del Concilio, al que finalmente Paulo III se comprometió en 1536 ante Carlos V, fue la reforma de la Santa Sede y de toda la cristiandad. En conjunto el Concilio fue predominantemente doctrinal, frente a las posiciones luteranas y calvinistas, de modo particular en torno al pecado y la justificación, los sacramentos, especialmente bautismo y Eucaristía, impugnados por los reformadores, aunque se dio también una gran importancia a la reforma de las instituciones de la Iglesia, como el carácter residencial de los obispos y el origen divino de su potestad, subordinada a la jurisdicción del Papa, o la creación de los seminarios para la formación del Clero.

En él intervino, por parte española, el poder temporal –Carlos V y Felipe II–, y lo más representativo de la Iglesia española de aquel tiempo y, seguramente, de todos los tiempos. El primero para urgir la convocatoria del Concilio y asegurar su continuidad y aplicación. La segunda para aportar la argumentación más poderosa en la defensa, ilustración y definición de los dogmas de la fe.

Lutero y la Reforma habían puesto en entredicho lo sustancial del dogma católico, y con ello la unidad religiosa y política de Europa. Ya entonces se demostró hasta qué punto la unidad de Europa, por encima de sus nacionalidades, estaba sostenida en el vínculo superior de la Fe común. Esto afectaba a la Monarquía española, cuyas convicciones católicas iban a la par con sus responsabilidades en el marco europeo.

En representación de los monarcas españoles fueron enviados el Cardenal Imperial Pedro Pacheco, obispo de Jaén, por parte de Carlos V, y el Marqués de Pescara y el conde de Luna por Felipe II, más otros muchos obispos españoles, también en representación real.

Por su parte, los obispos y teólogos españoles asumieron, en primera línea, la defensa de la fe negada por los reformadores. Merece la pena recordar a algunos de estos teólogos que, junto a los de la Escuela de Salamanca, representan seguramente la mejor teología española y europea entre los siglos XVI y XX: Diego Laínez, Domingo de Soto, Bartolomé Carranza, Andrés Vega, Alfonso de Castro, Alfonso Salmerón, Francisco de Navarra, Melchor Cano, Pedro Guerrero.

De los 14 teólogos delegados por el Papa al Concilio, 11 fueron españoles.

El interés de España por el Concilio se mostró, así mismo, en que España (Felipe II) se adelantó a la publicación de los documentos conciliares siete meses antes de su aprobación pontificia. En un año se habían hecho nueve ediciones de los textos conciliares. Al contrario que en Alemania donde tanto los príncipes como no pocos obispos católicos la retrasaban indefinidamente. Francia, bajo la influencia de la regente Catalina de Médicis, no los publicó hasta 1615, más de 40 años después.

El fruto fundamental de ese Concilio fue la Contrarreforma, que produjo una renovación extraordinaria de la vida religiosa, cultural y artística (Barroco europeo): multiplicación de Órdenes y Congregaciones religiosas, creación de innumerables Seminarios, escritores y apologistas católicos, de conversos, de santos, de ascetas y místicos, de santidad entre el clero y los Obispos, el Catecismo de Trento, fuente de todos los catecismos de Europa y América hasta el Concilio Vaticano II.

Trento es uno de los acontecimientos más representativos de la historia de España, aunque sea un hecho eclesial y europeo. En él España dejó lo más valioso y representativo de

sí misma: la defensa de la fe católica como la realidad más decisiva para aquel tiempo y para los sucesivos.

En realidad, Trento ha sido, tal vez, el gran momento de España en Europa, cuando sus representantes dijeron las palabras que han tenido una resonancia más fuerte y duradera en la vida del continente: las que han marcado el itinerario de la Iglesia católica desde el siglo XVI al XX. Esa Iglesia que ha sido la institución más estable y, silenciosamente, más dinámica de esos siglos, a pesar de las turbulencias que han afectado a todos sus países.

Los temas siguientes se enuncian sin entrar en detalles porque son suficientemente conocidos.

1.16. Mística

Es la gran palabra de España a Europa y al mundo (del espíritu místico se habla más abajo). Los más destacados han sido Juan de la Cruz, Teresa de Jesús, Luis de Granada, Luis de León, Maestro Ávila, Osuna, Luis de Alarcón, Juan de Nuremberg, más un largo etc.

1.17. Cultura

Patrimonio artístico: a pesar de tantas devastaciones: uno de los más ricos de Europa en Monumentos de todas las épocas, sobretodo medieval y moderna: arquitectura visigótica, románica, gótica, renacentista, barroca.

Artes plásticas, con artistas y obras equiparables o superiores a los más celebrados de todas las épocas y países.

Literatura: sobretodo los clásicos de los siglos XVI y XVII.

Música sacra: Cristóbal de Morales, Tomás Luis de Vitoria, Francisco Guerrero, Antonio de Cabezón.

Universidades: Salamanca, Valladolid, Alcalá (nuevo Humanismo, Escritura), Coimbra (Francisco Suárez).

1.18. Ciencia

Poco que decir, hasta tiempos recientes. «La historia de nuestras ciencias exactas y experimentales tiene mucho de dislocadas y fragmentarias. Los puntos brillantes de que está sembrada están separados por largos periodos de oscuridad. Lo que principalmente se nota es falta de continuidad en el empeño» (Menéndez Pelayo)... «Vivíamos derramados hacia fuera, sin el reposo necesario para organizar la ciencia» (Marañón).

Algunos capítulos de la ciencia se han cultivado bajo el aspecto de su aplicación, por ejemplo la matemática y la astronomía aplicada a la astronomía y la cartografía para los viajes. *El arte de navegar*, de Pedro de Medina fue libro de texto durante mucho tiempo en las Escuelas de Europa.

2. España en el tiempo de los descubrimientos.

2.1. América

Asunto suficientemente conocido, pero del que importa subrayar algunas dimensiones. Su descubrimiento abre los tiempos modernos más que cualquier otro hecho que se señale como inductor original de la modernidad. El mundo duplica su extensión sobretudo con los descubrimientos en el extremo oriente: Filipinas, Carolinas.

Significa la apertura e integración progresivos del nuevo mundo a Europa: a su religión, cultura, raza (mestizaje), a su civilización, comercio, etc. También, lentamente, a sus modelos políticos, primero a través de la Corona Española y de los virreinos y mediante la constitución de los nuevos Estados

Mediante la evangelización del continente se extiende la cristiandad europea a escala universal. Porque el mundo entero es concebido por España como campo de evangelización.

Europa se prolongó en América, sin que por parte de España se produjera una ruptura con sus raíces morales, al contrario de lo que fue casi siempre la historia del colonialismo, atraído por el objetivo expansionista y lucrativo.

2.2. España, baluarte del cristianismo

España fue baluarte y muro de Europa frente al Islamismo. Primero en la península, con el coste de ocho siglos de lucha. Poco después en Lepanto: de nuevo, barrera contra la amenaza islámica sobre Europa.

España fue, igualmente, paladín, en los siglos XVI-XVII, de la unidad europea, cuarteada por la división religiosa. España se desangró, en los campos y en los mares de Europa (desastre de la Invencible) para mantener esa unidad sobre un sustrato cristiano común, mientras lo extendía y consolidaba en América.

Y todavía, en tiempos recientes, ha tenido arrestos para frenar al comunismo ideológico y político, y con él al materialismo y ateísmo.

2.3. Presencia y ausencia de España en Europa

Parece conveniente una reflexión ante el hecho de que, a la reseñada presencia de España en Europa, que encuentra su culminación durante el largo Siglo de Oro de nuestra historia, haya seguido un eclipse, si se juzga en términos de presencia activa entre las potencias del continente. Resulta inevitable, sin embargo, una cierta audacia, aunque razonada, para acercarse al tema.

2.4. Quiebra de Europa

Europa ha conocido una construcción y también una demolición de sí misma a partir de la edificación y del posterior desmontaje de la cristiandad. Todo lo más significativo de la historia europea gravita sobre esta doble realidad.

La cuestión es que desde la Reforma nos hemos planteado la existencia del hombre europeo al margen de Dios o contra Dios, y gradualmente nos hemos puesto en su lugar, con el designio, más o menos explícito, de llegar a ser su alternativa. La modernidad se propuso

descubrir al hombre por su cuenta, pero más bien lo ha encubierto, no con una imagen uniforme, sino con una profusión tal de iconos que ha fragmentado y disgregado la unidad en la concepción del hombre.

La quiebra de Europa se produce mediante la ruptura del vínculo común, del sustrato fundamental, del factor de unidad más poderoso, que era la visión común de Dios y del hombre, a partir de la visión cristiana. Poco a poco viene la fragmentación y la ruptura. Descartes separa la filosofía de la teología, Spinoza niega la posibilidad de los milagros, Hobbbes y Locke proclaman la independencia de la razón, Shaftesbury separa la moral de la religión, Blaunt niega los milagros, Hume rechaza toda realidad trascendente, Wolf niega a Dios el derecho de revelar las verdades de derecho natural, Kant confunde la moral de Jesús con la ética natural, Strauss niega la divinidad de Jesucristo. Desde Lutero a Marx, pasando por todos los ideólogos del racionalismo y materialismo y, hoy del relativismo, el pensamiento se aplica sistemáticamente a desarbolar la concepción cristiana de la vida, mientras reclama la divinización del espíritu humano.

Europa usurpa así la centralidad de Dios, de Cristo y del Evangelio, y la deposita en el hombre, al que sin embargo vacía finalmente de los rasgos esenciales de la naturaleza humana mediante un transformismo ideológico integral.

Pero son esas premisas las que sostienen la superioridad humanista y cultural, las que justifican la afirmación de la libertad, de la razón y del derecho, del progreso, la justicia y la fraternidad. Si en lugar del fulgurante aparato intelectual que cubrió su puesta en escena hubiera aceptado nutrirse de esa matriz, los valores fundamentales que se quisieron abrir camino en esos siglos habrían alcanzado la autenticidad y el dinamismo que pretendían. No fue así.

Porque no es solo la razón la progenitora original de estos valores, ni la columna sobre la que se sustentan establemente. Así lo ha demostrado su evolución. Su fragilidad final se presentía en la insuficiencia de la razón y en su pretendida autonomía, porque se prescindía del soporte teológico y teologal, que es la fuente original de todos los valores humanos, cuya primera raíz es la «imagen de Dios» en el hombre, imagen que posibilita su participación en la realidad de Dios.

Si estas palabras que abren la revelación acerca del hombre son verídicas, y no parece haber duda sobre lo esencial de las mismas, el conocimiento del hombre y su realización en el mundo sólo pueden abordarse eficazmente a partir de esta realidad. El resto de premisas ya han demostrado su inanidad, que explican por qué Europa ha perdido la sabiduría, por qué la humanidad se ha salido de sí misma, y por qué hoy somos el simio del hombre que fuimos.

En lugar de cimentar la unidad sobre la roca de una fe común trascendente, basada en principios de origen divino, como así lo habían reconocido hasta entonces todos los pueblos de Europa, la nueva construcción se apoya sobre unas ideas cuyo primer principio no es siquiera la razón universal, sino una secuencia de opiniones personales que invocan la razón, como si la razón y la sabiduría hablara eminentemente por ellos.

Pero, ¿cómo sostener que los conceptos elaborados por quienes han forjado el pensamiento de la Edad moderna son la máxima expresión de la racionalidad humana? ¿Por qué las preguntas y propuestas de estos nuevos profetas son las únicas válidas?

¿Se agota en ellas la razón, la filosofía y la verdad? ¿Se ha hecho alguna vez, de manera sistemática y global, la disección crítica de ese pensamiento y de su operatividad en los campos a los que se ha aplicado? Para determinarlo sería necesario cotejar sus conclusiones con los fundamentos primeros de la Verdad que concierne al hombre, es decir, la Palabra primera que le constituyó y le ha confirmado en su ser, así como la ley natural que lo conforma. Y asimismo, con los elementos que constituyen la suma del acervo racional de la humanidad, como es la historia y la experiencia que ha fundado la sabiduría de las

generaciones precedentes. La verdad –también las verdades particulares– se han de construir con todos los elementos que integran cada realidad.

El hombre es un ser que se sobrepasa a sí mismo absolutamente, incluso cuando se contempla en alguna dimensión particular, porque esa dimensión nunca está aislada de todas las restantes. De hecho, sólo Dios conoce al hombre, por lo que sólo quien conoce a Dios puede acercarse eficazmente al conocimiento del hombre.

Pero el racionalismo ilustrado fue planteado como una alternativa global al conjunto de la visión cristiana del hombre. Intentó anular a la vez su dimensión metafísica y cimentar exclusivamente sobre la razón la ordenación del régimen de la vida social y la comprensión del mundo. Pero tuvo una visión reductivista de todos los problemas que abordó, empezando por su visión del hombre.

Por otra parte, el sujeto de esta arquitectura ya no fue el hombre sino el ciudadano. Pero en cuanto tal ciudadano ya no está ligado a ninguno de sus anclajes esenciales: ni a sí mismo, ni a la nación, ni a la naturaleza, ni a Dios, sino a una abstracción: el Estado. Con Hegel y Marx se instala el culto de las ideas abstractas: nación, Estado, proletariado y, últimamente, en la ideología de género. El ciudadano es la creación de un ente teórico y él mismo una teoría forjada por los artífices y agentes del Estado, que finalmente tampoco es nacional, sino colectivo y universal: el reino de este mundo. Nos han vaciado de nuestra realidad primaria y nos han metamorfoseado en un género de realidad inversa, en la que nos hemos encontrado con una apariencia tal vez muy atrayente, pero totalmente vaciada de sustancia humana y sobrehumana. Una figura que se disuelve como un soplo pero que sirve para darle al individuo la sensación de que se ha transformado en un ser superior, según el objetivo al que ha servido la utopía surgida de las tinieblas de los últimos siglos.

La Ilustración y la modernidad han borrado a Dios de la historia y del espíritu de los hombres. Se pueden hacer entonces todos los elogios que ya conocemos hacia quienes nos han ayudado a levantar la ciudad terrestre moderna. Pero una ciudad levantada contra Dios es un castillo de arena que un niño terraplana con la misma facilidad que lo levanta. Amputadas nuestras raíces, sólo nos queda reconocer: «si no venimos de ningún sitio no vamos a ningún sitio» (A. Finkielkraut, a propósito de las raíces de Europa). A no ser que nos reingertemos.

2.5. Paralelismo entre Israel y Europa

El final de Europa, desde una perspectiva espiritual, a ser muy parecido al de Israel, como parecidas han sido sus historias. Israel, pueblo elegido de Yahvé, del que recibió la promesa y la realidad de sus predilecciones; destinado a ser conductor espiritual de los otros pueblos, ya que él conocía al Dios Verdadero, y debía ser el portavoz de Su Palabra, la ejemplarización de sus mandamientos y el símbolo de su presencia entre los hombres. Israel chocó contra el sentido de esta misión, quiso imponer su propia visión y, cuando el Mesías se hizo presente, según su promesa, los representantes del pueblo judío dijeron que no tenían nada que ver con Él. Ahora bien, la conjura sostenida contra Dios nunca queda impune, no como venganza, sino como advertencia y llamada de rectificación. En el caso de Israel fueron tres exilios, el último de los cuales ha supuesto la dispersión durante veinte siglos, más el Holocausto.

Europa ha seguido caminos paralelos. En los últimos siglos Europa ha dicho a Cristo: no te conozco, y ha intentado encerrarle de nuevo en un sepulcro. Tal vez, todavía no hayamos adivinado que la realidad que está en el origen de la atormentada historia de Europa en los últimos siglos, tanto en el orden de las ideas como en la convivencia entre sus pueblos es esta expulsión gradual de Cristo, que deja la historia, personal y colectiva a la deriva.

Porque entonces se desplaza la piedra angular sobre la que se sostiene todas las construcciones humanas.

Europa no sólo ha perdido pie, sino que ha perdido el camino. Quiso reconstruirse sobre sí misma, sobre la hipótesis de que la base cristiana era inconsistente, pero el resultado es que hoy ya no es más que la ruina y el museo de sí misma. Los caminos de Israel y Europa se iniciaron bajo los mismos auspicios: un impulso espiritual depositado por Dios, para recordarnos que ambos pueblos eran ante todo el pueblo de Dios y un pueblo de Cristo, y que su misión fundamental se inscribía en este contexto. Todo lo demás se le daría por añadidura.

El que Europa haya hecho finalmente superfluo el acontecimiento de Cristo significará que ha hecho estéril el acontecimiento humano y europeo del que ha sido protagonista. El racionalismo ilustrado, que bajo enunciados diversos persiste hasta nuestros días, ha incurrido, de forma paradigmática, en el máximo irracionalismo cuando ha querido anular cuanto representa la persona y la propuesta de Cristo de quien, con diversas expresiones, asegura la Escritura que «no se nos ha dado otro Nombre en el cual podamos ser salvados» (*Hch* 4, 12). Tras esta ruptura, cualquier insensatez es posible. Quien no respeta a Dios es incapaz de respetar cualquier otra realidad, y carece incluso de la noción misma de realidad: «sin Dios los gobiernos terrestres son grandes bandidajes» (San Agustín, *La Ciudad de Dios*, IV, 5), texto que Benedicto XVI recordó en su visita al Bundestag.

En este punto, parece interesante observar que los intentos que se hicieron mediante las nuevas ideas para poner las bases de un orden social racional, habían tenido, desde los orígenes de la Edad Media, una experiencia que se ha revelado hasta hoy, tal vez, la más fecunda de cuantas se han desarrollado en el mundo occidental: cientos de lo que se podría calificar como pequeñas repúblicas diseminados por toda Europa, que son en realidad los monasterios, los cuales pusieron en práctica una organización ejemplar de la comunidades humanas que los habitaban, y que han persistido hasta nuestros días en su estructura básica. Ellos fueron las primeras y únicas democracias durante siglos, donde, además de su condición esencial como «escuelas del servicio divino», la concepción de la persona y de los derechos humanos, la representación, la elección de los órganos de poder, el equilibrio entre derechos y deberes, etc. tuvieron su formulación práctica en la *Regla de San Benito*, antecesora, bajo esta dimensión, de las Constituciones modernas.

Aquel Código aseguró no sólo la vida espiritual de todas las generaciones de hombres y mujeres que han vivido bajo su inspiración durante siglos, sino que convirtió los monasterios en el germen del desarrollo religioso, cultural y social desde los siglos medios: desde la evangelización de Europa hasta la multiplicación de escuelas, academias y universidades, pasando por el desarrollo agrícola del suelo europeo, la cultura del trabajo y la enseñanza de las artes y la técnica, la pacificación, la apertura de vías de comunicación, incluso hasta los inicios de la industria metalúrgica.

3. La Paz de Westfalia.

3.1. Fidelidad de España a Europa

Pero, en este contexto, hablemos de nosotros. Nadie como España ha sido fiel a la Europa auténtica. Nadie como ella ha resistido y se ha opuesto a esa perversión de la cristiandad. Bajo esta perspectiva, España se ha mantenido más europea que cualquier otra nación de ella, y eso es lo que le ha costado el ostracismo, la leyenda negra y la exclusión.

No somos nosotros los que hemos desenraizado a Europa de su subsuelo, ni los que hemos volatilizado la cultura europea, ni los que hemos proclamado la muerte de Dios, ni los que Le hemos sustituido por el superhombre, que es en realidad un homúnculo.

No es España la que ha desarticulado y vaciado a Europa de sí misma. Ni es en España donde se han formulado las afirmaciones, los conceptos y teoremas en los que cristalizó una fulguración del pensamiento en la que centelleaba lo más brillante de las Luces, pero que encubrían lo más demoledor, hasta entonces, del pensamiento humano. Porque lo más demoledor es la apariencia de la verdad, lo que se desliza hacia su confusión y negación final. Fue España la que, incluso en su declinar, mantuvo la tesitura espiritual de Europa, y con ella la primacía de las premisas teológicas y ontológicas del hombre y de su historia por encima de los valores de segundo orden imperantes –sociales, políticos, científicos o filosóficos– que se habían separados de su matriz.

Uno de los momentos más representativos de esta situación es el que se plantea hacia el final de la guerra de los 30 años (1618-48), que culmina las guerras religiosas entre protestantes y católicos. El episodio, conocido como la Polémica de 1635, tiene lugar entre pensadores españoles (Quevedo en su *Política de Dios*, Pellicer, Guillén de la Carrera, Céspedes y Meneses en su obra *Francia engañada, Francia respondida*), y franceses (Bessian Arroy, Ferrier), que tratan de justificar sus propias razones.

Para los españoles lo que importa no es el imperio político sino el orden cristiano y teocéntrico de la sociedad. Orden sostenido en valores sustanciales como son la Verdad, el Bien, la Justicia, es decir, valores inequívocos e irrenunciables del orden natural y cristiano, en sí mismos permanentes e irrenunciables. Los franceses sostienen por su parte la primacía del absolutismo regio, de la racionalidad, la coexistencia dentro del pluralismo de opciones políticas y religiosas nacionales. Esta última perspectiva es lo que finalmente se impuso en la Paz de Westfalia.

Hubo, sin duda, valores e ideas válidos que ayudaron a entender y organizar la sociedad sobre una base superior de racionalidad frente a las inercias o despotismos que imperaban en la época. Ideas que se han hipostasiado y han convertido los conceptos de Estado, libertad o democracia en pilares supremos de la sociedad.

3.2. Significado de España en Europa

¿Desapareció España del primer plano? Sí, si se trata de la escena política o militar, o de la influencia en el acontecer histórico de Europa. España se eclipsa después de haber entregado el último soldado y el último doblón. El intento de defender a Europa frente a sí misma había recaído exclusivamente en los Estados españoles, muchos de cuyos principados en Alemania estaban contra el Imperio católico. También, en no pocas ocasiones, la Sede Apostólica, que temía el afianzamiento de la hegemonía española. Por otra parte, España necesitaba seguir defendiendo las costas españolas del Mediterráneo contra las incursiones berberiscas, y todo el Atlántico contra la piratería internacional que hostigaba sin descanso los mercantes, las costas y las ciudades marítimas de la América hispana. Tras siglos de esfuerzos en todos los frentes al servicio de las causas más noble en el continente, España debió ceder un testigo que nadie recogió en la defensa del catolicismo. ¿Se eclipsaba su destino?

Es dudoso que la verdadera historia humana sea, ayer u hoy, la que discurre en esos escenarios donde se han jugado las confrontaciones entre intereses e influencias opuestas. La historia genuina es la historia del hombre, individual o colectivo, que trata de forjar su realidad humana auténtica, la que ha recibido del Creador. A lo largo del tiempo unos son los que hacen historia, otros los que hacen humanidad, es decir, los que intentan la realización del hombre auténtico.

Pero habremos de esperar a que el Señor y Juez de la historia diga su palabra sobre los acontecimientos humanos cuya dirección Él mismo ha marcado. Algunas ya las ha adelantado: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra» (*Mt* 28, 18), por eso «nadie puede poner otro cimiento que el que ya ha sido puesto: Jesucristo» (*1 Cor* 3, 11). «Si no es el Señor quien edifica la ciudad, en vano se cansan los que la construyen» (*Sal* 127, 1). «Yo soy el Alpha y la Omega, estoy en el Principio y en el Fin» (*Ap* 1,8), soy Aquel que «hace ahora nuevas todas las cosas» (*Ap* 21, 5), dice Él de Sí mismo en el capítulo final de la historia, y treinta siglos antes había afirmado: «mis mandatos son luz y ley de las naciones» (cf *Is* 51). Son incontables los textos de la Escrituras que hablan este mismo lenguaje. Cristo «es el gran artesano del orden y la paz sobre la tierra, porque es Él quien conduce la historia humana» (*Mensaje del Concilio a la humanidad... A los gobernantes*, 3).

El tiempo de Dios no ha pasado porque así lo decreten los hombres. Nadie decide nada acerca de Dios. Es un empeño inútil negarle o rechazarle. Él se afirma a sí mismo, soberanamente, según expresa su propio nombre: Soy el que Soy. Nadie puede negar al que es ni lo que es. El que es se sustenta en Sí mismo, está irrevocablemente por encima de cualquier veredicto que le reconozca o le rehúse. La pretensión de sustituir a Cristo en el señorío sobre el mundo y en la dirección de la historia es quimérica, por más que en su momento el pueblo de Israel y, en los últimos tiempos, el pueblo de Europa, lo haya denunciado como un intruso.

De hecho, la historia camina, a pesar de todo, a enlazar de nuevo con el hombre original, el que salió de las manos de Dios. Porque Él no ha renunciado a dar cumplimiento a su proyecto. Con la colaboración del hombre o sin ella.

Frente a la deserción de la mayor parte de Europa, España se empeñó en mantener esta misión. ¿Con qué recursos? Aquí es preciso cambiar el plano de visión porque entran en juego criterios que no son los comunes. En primer lugar, tras Westfalia, España sigue reafirmando su fidelidad a la causa central a la que su pueblo había servido durante siglos: la de Dios. De hecho, la máxima aportación de España a Europa ha sido la de mantener viva, en un rincón de la misma, la memoria de Dios. Hasta que, en nuestros tiempos, el huracán de la apostasía general ha tronchado también esa voz.

Además, España cuenta, en esos momentos, con factores que no pertenecen a la estrategia de los Estados sino al alma de los pueblos, y que todavía durante mucho tiempo demostrarían su viveza. En ese año de Westfalia y en el siguiente periodo de la Ilustración, España era y se mantuvo como una potencia espiritual. Lo cual es determinante en una historia que, como la de Europa, está caracterizada en su conjunto por este signo.

En términos generales, la teología, la mística y, en general, las altas experiencias espirituales, son superiores a otros factores considerados de más decisiva relevancia histórica. Sin embargo, lo espiritual pertenece al hombre como su peculiaridad esencial y signo distintivo, y por tanto es el factor determinante de su historia, cualquiera que haya sido en ella su presencia activa. Ello es lo que otorga su último valor a las realidades humanas. Sin él todos los demás valores, se llamen poder, bienestar, riqueza, fuerza, sabiduría, raza..., son irrelevantes para la construcción del hombre y de la historia auténticos.

Por eso, no es arriesgado insinuar que la mística española, como doctrina y como experiencia vital de la teología, es superior al espíritu de la Reforma y de la Ilustración. Porque el espíritu es superior a la razón. La mística es una experiencia y un saber teórico-práctico, que envuelve la totalidad de la persona y de la existencia. Una experiencia que asciende y se desarrolla en las cumbres superiores del hombre, que penetra en Dios, que por tanto da cumplimiento total al hombre en lugar de entretenerse en teorizaciones sobre él.

Una experiencia que parte de la Verdad Suprema, que centra en ella su indagación, se alimenta de ella y culmina en ella. Es decir, va directa al núcleo de la realidad y del cumplimiento del hombre en La Verdad. Le lleva al núcleo de sí mismo, le permite atisbar las realidades más profundas y decisivas que conciernen a él, al mundo y a Dios. La mística no pasa, al contrario de esas especulaciones y de las realidades que generó. De hecho, España se había impuesto en Trento un siglo antes de Wetsfalia. Sus tesis desarmaron las concepciones protestantes y sostuvieron desde entonces la Europa católica que ha permanecido hasta la Edad Contemporánea y el Vaticano II. Este es un hecho determinante al valorar la contribución de España a la causa de Europa.

3.3. Pensamiento y espiritualidad

La filosofía es una divagación en torno a la verdad; la mística es la percepción –y la experiencia– de La Verdad y del Verdadero. Él es la fuente y la plenitud de toda verdad, tanto de la que indaga el filósofo como la que busca cada hombre. Es la Verdad que nos hace libres y verdaderos. La visión mística y teológica del hombre le acerca más poderosamente a su «significación» y «trascendencia», a su realidad y sobre realidad. El místico –el hombre espiritual– se sitúa en el terreno del Ser y de la Sustancia. Por tanto, permite la construcción de un hombre y una historia más verídicos.

Por otra parte, los hallazgos hechos por la filosofía de las Luces, entre ellos los más preciados, como los de la «libertad» o la dignidad del hombre, no fueron en realidad su hallazgo, sino una interpretación más o menos acorde con el talante racionalista de su tiempo. La libertad y la dignidad habían hecho aparición, en grado eminente, en el hombre creado por Dios, al que pertenecían originariamente. Fue la intervención del «Sofista» (el «Padre de la Mentira») la que las hizo entrar en crisis. De hecho, el concepto de «Verdad» es también lo primero que ha anulado la modernidad, porque ésta sólo podía afirmarse a sí misma sobre sus ruinas.

La mística, como todo pensar religioso y metafísico auténticos, trasciende los fenómenos porque sabe que detrás de ellos hay otras realidades. La persecución de esa meta realidad es la aventura humana más atractiva y, finalmente, la más eficaz. Lo sabe a partir de la premisa mayor de todo conocimiento: la realidad o contexto teológico en que se inscribe el hombre y su obra, así como toda la verdad que concierne a ambos.

4. Presencia ausencia de España

España ha antepuesto la teología y la mística a la filosofía. O si se prefiere, ha hecho de lo teologal y místico una filosofía práctica. No hablo de los saberes teológicos, que eran asunto de los expertos, pero sí de una mentalidad y estilo teologales que mientras permitía, sin muchas dificultades, la comprensión de los autos sacramentales –a veces, verdaderos textos teológicos–, sabía interpretar la vida personal como una especie de auto sacramental, basada en la concepción fundamental de las realidades humanas: las cosas, el hombre, la vida, la historia, bajo una visión espiritual y trascendente. Recuérdese, por ejemplo, la «confesión de fe» con que, durante aquellos siglos y hasta tiempos casi cercanos, se iniciaban la mayoría de los testamentos. Siempre, ciertamente, con las sombras y las limitaciones obvias.

Era una voluntad de vivir la vida a la luz y al servicio de Dios: «Dios, primer servido», o «solo Dios», que fue la divisa de los españoles durante generaciones. (En el otro extremo, la Rusia cristiana, el testimonio era todavía más contundente: «a Dios lo mínimo que se le puede dar es todo»). España ha preferido el Verbo, que es Logos, Palabra y Vida, a la Razón, porque

la Razón sólo es un destello del Logos. No la ha desdeñado pero la ha sometido a la Sabiduría de lo esencial y ha comprendido que la clave para la comprensión del mundo y del hombre es únicamente Cristo. Que Él es la expresión de toda sabiduría y toda ciencia (*Col 2, 3*), y que lo demás son fuegos fatuos.

A la vista de nuestra ausencia global en el panorama filosófico de la época de las Luces, la pregunta no es, tal vez, si estamos dotados para el pensamiento filosófico, sino si lo estamos para el pensamiento en general. Pero el hecho de que España sea la patria de un pensar teológico, místico, metafísico y jurídico absolutamente sobresaliente, de un pensar que ha hablado con voz tan alta a través del arte, o que ha creado tantas expresiones superiores en el campo de la cultura, que se mueve con tanta facilidad entre lo lúdico y lo trágico, indica que es un pueblo de experiencia y de pensamiento hondos.

Lo que ha sucedido es que al raciocinio ha preferido, más comúnmente, lo contemplativo, el éxtasis, la oración, aunque haya sido en términos muchas veces elementales. En pleno siglo de las Luces España produjo el barroco que, mostró la hondura espiritual de su alma, no sólo la del artista, sino la del pueblo al que iba destinado o por el que era solicitado. Quien hace de la mirada al cielo y a la muerte, al Cristo agonizante o muerto y al dolor de la Madre el centro de su devoción, es que tiene la intuición penetrante de las verdades esenciales.

Esta experiencia espiritual se ha centrado en dos realidades que son centrales en el cristianismo universal, y que son las mismas que han tenido en el cristianismo español la máxima representación. Dos realidades que son dos personas: Cristo y María. Jesús recapitula el origen, la dirección, el sentido, la tarea, la plenitud de la historia y del hombre en ella. María es, en el contexto humano y cristiano, la máxima expresión de la cercanía del ser humano con Dios, al mismo tiempo que mediadora entre ambos. Con este significado aparece desde la Edad Media en el parteluz de todas las iglesias góticas.

En Ambos hemos centrado lo más representativo de nuestra experiencia espiritual y humana. España es un pueblo de profundidades, las que elevan más alto la vida y marcan el camino superior de la existencia. Cuando hoy deambulamos por nuestro desierto experimentamos la nostalgia de aquella concepción de la vida que, con todas sus sombras, mantuvo encendida entre nosotros la luz de la única Verdad que ha brillado en este mundo.

España es el país de Europa donde la preeminencia de lo religioso católico ha sido la constante más destacada y durable. Pero esto tiene una significación que trasciende lo propiamente religioso, porque hace de ello el rasgo nacional distintivo, más allá de todas las deficiencias que haya acumulado. Sirva también de muestra el hecho de que las primeras palabras que han llegado a nosotros en castellano –un castellano todavía balbuciente– son una profesión de fe en el misterio de la Santísima Trinidad, seguido de esta breve oración: *Fácanos Deus omnipotens tal servicio fere que denente sua facie gaudiosi segamus*, que, ya en «román paladino», suena así: «concédanos Dios omnipotente hacer tal servicio que delante de su faz gozosos seamos» (glosa en un manuscrito del monasterio de San Román de la Cogolla, hacia 975). Entre tanto, el primer documento en francés es un tratado militar entre Carlos el Calvo y Luis el Germánico (hacia 842). En Italia, por las mismas fechas, el primer testimonio contiene una reclamación de tierras que pertenecen a la abadía de Montecasino. En Inglaterra, simbólicamente, se trata de un contrato comercial (sin fecha).

Hoy podemos percibir que lo único que sigue teniendo vigencia es esa invocación a la Santísima Trinidad, y que el resto se lo lleva la marea del tiempo. España daba a Europa una lección soberana: la historia se asienta sobre Dios o sobre arenas.